

Por la cubierta del barco, los marineros empezaron a moverse velozmente y en pocos minutos Pancita se encontraba allí, frente a aquello que parecía ser la guarida de un tesoro.

La tapa del cofre estaba firmemente sellada y no resultó fácil abrirla. Pero finalmente, el arca fue destapada y su contenido descubierto: cientos de estrellas de mar de aproximadamente cuatro centímetros de diámetro brillaban ante la vista de todos, y exclamaciones de asombro y sorpresa inundaron el aire que se respiraba en el Caballerito de los Mares. Se trataba nada menos que de las famosas estrellas de oro que el pirata Piñata llevaba años buscando.

Hacía muchas décadas, el abuelo de Piñata –tan filibustero como su nieto– en una de sus delictivas expediciones había tomado por asalto la pequeña isla gobernada por una hermosa doncella, hija de un hombre muy rico que al morir le heredó su fortuna.